Lo único que conservó la abuela Ofelia, de su pueblo natal en Grecia, hasta el final de su vida, fue una pulsera de cuentas de vidrio. Se la había regalado su tía, con la que compartía el nombre. Con el cariño que hablaba siempre de ella y de su lugar de nacimiento, se me ocurrió que el día que visitara su país debía buscar el lugar de descanso de la Ofelia de antaño y devolver el regalo hecho por una a la otra. Mi amiga Marcela, cuando le comenté acerca de mis planes, me preguntó:

- ¿Te habló alguna vez de otros lugares importantes para ella?

Y estas palabras despertaron un sentimiento extraño en mi interior. No; no sería suficiente simplemente dejarlo así sin más en un lugar acaso olvidado. Entendí como si ella me lo estuviera dictando, lo que debía hacer. Pero... implicaba algo que jamás me habría atrevido si no fuera su misma voz, resonando en mi cabeza, la que así me lo mandaba:

“Rompe el hilo y distribuye las cuentas, una por una, en lugares que yo te señalaré”.

No fue así como ocurrió, aunque sí me dejé guiar por ella, y tracé un camino que atravesaba Igoumenitsa, que así se llama el lugar, comenzando en la casa paterna y terminando en el cementerio en el que descansaba Ofelia Georgiou. Dejé una en la plaza central, otra en el hostal en el que me alojaba, y una, simplemente porque lo sentí, en una esquina en que se posó un pájaro sobre una motocicleta. La abuela Ofelia me había hecho llegar hasta allí, no para servir de mensajera, sino para hacer ese viaje con ella, como cuando íbamos de paseo siendo yo niño. Un último paseo en un lugar especial, solo para los dos.